



Algunos puestos de venta en la renombrada y criolla calle que motiva nuestra crónica

ROSTROS amanecidos, pasosos vacilantes, vinolentas narices. Alba fresca y aromosa en la arteria vital del barrio Matadero, en la famosa calle Franklin. Es un domingo que se anuncia violento de calor. Prosiguen avanzando y zigzagueando los rostros amanecidos tras un caldo de cabeza, tras una pilseñer o el negro vino del infortuno.

ren a menudo tintes sibilinos, huidizos, expectantes. No existe una seguridad personal completa entre trago y trago.

—No se arriesgue mucho por estos lados, amigo.

Ya comienza el recio y abovedado pregón de las flores, de la empanada de horno y del pescado frito. Camiones, carretones y carretelas pasan cimbreantes de frutas, de hortalizas, de rosadas

dida. Conceden calor al ambiente anulando sin querer o proponérselo su tensión inicial.

—¡Sirvase, compañero! Para eso estamos aquí.

Convidan vino, cerveza y chicha a todos los circunstantes dispuestos. Hablan poco y la frase sale como látigo, sonora y tajante. Pero rien con fuerza, pulmonariamente, por cualquier cosa.

—Trabajan en el Matadero. No hay que jugarse con ellos.

Está de más la confianza, pero la agradecemos con un ademán de amistad.

MAREAS HUMANAS

—¡A sesenta el kilo de pescada, casera! ¡Mire qué fresquita!

La señora, una opulenta mujer, observa y luego adquiere varios kilos.

—No olvide nunca este puesto, señora —agrega el moreno y diminuto vendedor, otrora un orador sindicalista de fuste.

Más allá altos grupos de cebollas son cercados por innumerables compradores.

ESTAMPAS CAPITALINAS

Calle Franklin: coraje y regateo

Abisma e inquieta la profusión de bares y restaurantes, donde siempre el desconocido es observado agudamente desde cualquier ángulo de esos locales, la mayoría estrechos y medio invadidos por movedizos brochazos de sombra. Caras agresivas se perfilan por aquí y por allá, otras aparecen ancladas en el desaliento. Aparentemente aflora la espontaneidad en las charlas sobre hípica porque las miradas adquie-

Por DAVID OJEDA LEVEQUE

carnes. Los comerciantes preparan sus mesones de venta con una celeridad especialísima, como de simios. Parece que se juegan una decisiva carta económica.

De repente penetran al bar hombres de maciza estampa, de manos huesudas, enérgicas, sin vacilaciones en la alcohólica pe-

—¡Especiales para pebre, ensaladas y empanadas!

Advertimos la presencia de un hombre bajo y rechoncho. Una ancha chupalla medio le oculta toda la arrugada frente. Permanece en silencio delante de unas grandes y hermosas papas.

—¿Por qué no grita su mercadería?

—¿Para qué? Su calidad es su mejor propaganda. Jamás me queda nada.

Se hacen estrechas las aceras para contener los apretados grupos humanos. No escasean los pisotones y las correspondientes disculpas si se individualiza al autor o la autora. Pequeños muchachos suelen andar en trajes poco limpios, emprendiendo de súbito carreras espectaculares. Por estos aldeaños debió haberse aventurado más de una vez el niño Esmeraldo, el personaje central de "El roto", de Joaquín Edwards Bello, y quizás cuántos otros personajes de la novelística criolla con hechura y labor delincuenciales.

—¡Zapatos casi nuevos, intactos, magníficos! Fíjese casero...

Los evangélicos no podían faltar. Todos los sábados y domingos se agolpan en esos aldeaños con sus músicas y sus fervorosas prédicas



Cerca se ofrece ropa usada para hombre, bien limpia y planchada.

—¿Cómo anda el negocio, jefe?

—Así y así. No se puede exigir más...

Y el hombre de los zapatos negros y amarillos continúa su incansable pregón, con un desplante propio de artista circense, con una detallada e irrefutable argumentación zapateril.

En las esquinas divisamos charlatanes ofreciendo baratijas, pomadas, yerbas y jabones. Juegan con las palabras como si éstas fueran bolitas, hacen curiosos malabarismos y de vez en cuando organizan frases que ni ellos mismos las entienden. Quieren abarcar mucho y se enredan, pero el público no se da cuenta, y si alguno se apercibe, calla y sonríe observando la culebra o atendiendo de improviso el canto y la música de las huestes evangélicas.

GENTE DE EMPUJE

Nos dice un vendedor:

—Expendemos el pescado más barato de la capital. Una flota de camiones trae el pescado y el marisco desde las mismas caletas pesqueras, sin perseguir gruesas utilidades. Todo el populoso barrio Matadero ha comprendido ampliamente nuestra resuelta acción social. Nos favorecen el pueblo y la clase media con sus diarias adquisiciones.

Han sido atacados por otros comerciantes establecidos, pero las autoridades municipales continúan respaldando sus faenas interpretando bien el anhelo del Gobierno de no encarecer los vitales productos alimenticios.

Vamos caminando. Fortalece el ánimo comprobar la incansante y dinámica actividad de todos los comerciantes del barrio. Quesos, mantequilla, charqui, cecinas, carnes de vacuno y de chanchito, prietas, harinas tostadas, lentejas, porotos, garbanzos, trigo mote, toda una feria de apetitosos y atrayentes productos están a la espera del cliente más selecto. La competencia es abierta, espontánea, sin dobleces. Y nadie se siente mal, por cuanto la mayoría realiza nutridas ventas.

—Procedemos honesta y patrióticamente —nos informa un antiguo comerciante. Mantemos todo el tiempo mercadería fresca, de indiscutible calidad. De ahí nuestro creciente prestigio.

Pero no sólo existen comerciantes en la calle Franklin y en las adyacentes: también la artesanía tiene su lugar prepon-



Este ciego es muy popular. Canta de todo: desde la nostálgica tonada chilena hasta los florones tangos de Carlitos Gardel



Otro grupo de compradores de diversos artículos. Franklin constituye, en realidad, una de las ferias más novedosas de Santiago

derante. Sastrerías, zapaterías, imprentas, peluquerías, mueblerías, talabarterías, talleres de mecánica, confecciones de guitarras, fábricas de escobas y otras pequeñas industrias impresionan gratamente al visitante.

—¡Al rico mote con huesillos!

Ya es más de mediodía. Y no escuchamos al ciego de los sentimentales tangos porque unas espesas y picantes guatitas a la chilena nos esperan en el figón "La popular".

D. O. L.

También las mujeres de nuestro pueblo encuentran las prendas que requieren a precios módicos. No pierden las buenas ocasiones

